

# Año 1999

Harriet solía recoger hojas de los árboles y guardarlas en tarros de cristal. Le gustaba hacerlo cuando se sentía nerviosa. Entonces, cruzaba las tres calles que separaban su casa del inicio del bosque, donde las primeras briznas de hierba rozaban el asfalto, y se internaba en aquel lugar silencioso pero tan lleno de vida.

Sentada en el suelo húmedo, seleccionaba con delicadeza las hojas que más le gustaban. A pesar de estar enamorada del color verde, a menudo se decantaba por aquellas más rojizas; sentía que le otorgaban fuerza al conjunto. Rabia. Pasión.

Aunque solo tenía seis años, nadie nunca fue a buscarla. Al principio, Harriet anheló que su padre lo hiciese, que fuese hasta allí y la cogiese del brazo y la arrastrase de nuevo hasta la casa mientras le pegaba la bronca. Eso le hubiese demostrado que le importaba su seguridad. Pero, conforme fueron pasando los días, aceptó la realidad. Su realidad. Y aprendió entonces a disfrutar de esos instantes de soledad entre los frondosos árboles y sus inmensas y regordetas copas, que se esforzaban por alcanzar el cielo grisáceo de Washington.

Pasaba muchas horas allí, eligiendo con cuidado su próximo botín, observando con atención el esqueleto fibroso que se adivinaba en las hojas más translúcidas, buscando alguna que tuviese una forma estrellada o similar a un corazón (esas eran sus preferidas), intentando combinar los colores...

Aquel día, aún nerviosa por no poder quitarse de la cabeza las palabras que un compañero de clase había dicho sobre ella (que era «tonta, tonta, tonta»), se esmeró por conseguir el mejor resultado posible. Cuando lo hizo, al terminar, alzó el recipiente hasta que la luz del sol creó reflejos sobre la superficie de cristal.

Era perfecto. Inmejorable. Había algo retorcido en el hecho de que las hojas permaneciesen allí dentro, resguardadas e intactas, que lograba cal-

mar la ansiedad que en ocasiones Harriet sentía en el pecho. Porque nadie podría dañar a esas hojas. No se perderían. Y, si al final terminaban convirtiéndose en polvo, lo harían lentamente, y no porque la suela de un zapato las aplastase sin miramientos.

A veces, Harriet deseaba estar también en algún lugar parecido; seguro, agradable. Deseaba vivir en su propio tarro de cristal.

# Año 2002

Angie le quitó el vestido a su muñeca y se lo tendió a Harriet.

—Pónselo. Van a ir de fiesta.

—¿Y por qué no pueden ir a montar a caballo? —Harriet acomodó a su muñeca, que tenía el pelo igual de rubio que ella, a lomos del caballito de plástico.

—Porque ir a una fiesta es mejor —zanjó Angie, que, sin ser consciente de ello, solía dominar el curso de todos los juegos que compartían juntas. La otra niña obedeció y abrochó con cuidado el velcro que cerraba la parte trasera del corto vestido—. Mi madre siempre dice que, si la fiesta es por la noche, hay que llevar zapatos de tacón. ¿Te gustan los azules?

—No. Prefiero los rojos.

—Los rojos los he pedido yo antes. Toma los azules.

Harriet cogió los zapatos de un tono zafiro. Se preguntó qué opinaría su madre al respecto. Hacía un par de años que se había marchado. «Un viaje largo», había comentado su padre en alguna ocasión. Desde entonces, él era más huraño, más arisco y nada cariñoso. A veces, ella se preguntaba si tenía la culpa de que a su madre le apeteciese tanto viajar. No recordaba haber hecho nada malo antes de que saliese por la puerta de casa arrastrando un par de maletas a su espalda. Era un sábado soleado, y, con los ojos brillantes, le había dado a Harriet un beso muy fuerte en la frente, dejándole la marca del pintalabios rojo que llevaba. A su padre no lo besó porque estaba en el trabajo, así que tan solo le dejó una carta sobre la encimera de la cocina.

«Quizá por eso estaba tan enfadado desde entonces», pensaba Harriet. Porque no se había despedido de él con un beso.

Harriet miró dubitativa a su mejor amiga.

—Angie, ¿crees que tu madre sabrá dónde está la mía? —Habían sido grandes amigas; solían tomar té y reían sentadas en el porche mientras ellas jugaban juntas, y a menudo se turnaban para llevarlas o recogerlas del colegio—. Quiero saberlo. Quiero escribirle una carta.

—No lo sé, pero a veces habla de ella, sobre todo cuando la tía Madison viene de visita los domingos por la tarde.

—¿Y qué dicen?

—Cosas raras. Que es una buscona.

—¿Y eso qué es?

Harriet dejó su muñeca a un lado, sobre el césped húmedo del jardín trasero de la casa de los Flaning.

—Ni idea. —Angie se encogió de hombros—. Deberías preguntárselo a tu padre, él tiene que saber dónde está. ¿Por qué no lo haces?

—Siempre se enfada.

—Pero tú quieres escribirle una carta.

—Sí, sí que quiero.

—¿Te acompaño y se lo preguntamos juntas?

—No hace falta. Yo lo haré.

Harriet sonrió, mostrando esas dos palas un poco más grandes de lo normal que le daban un aire travieso a su rostro dulce. La otra niña le tendió entonces los zapatos rojos con gesto apesadumbrado.

—Toma. Tenías razón, a tu muñeca le sientan mejor. Quédatelos.

Cuando Harriet regresó a casa un poco más tarde, con su muñeca todavía colgada bajo el brazo, descubrió que el lugar estaba sumido en la penumbra. No era una casa precisamente pequeña; de hecho, tenían más habitaciones de las que jamás podrían llegar a utilizar. El señor Gibson había amasado una buena fortuna trabajando e invirtiendo dinero en una tabacalera. Con parte de esos ahorros, se había casado con la mujer de sus sueños, Ellie, y había esperado tener una familia numerosa y fuerte, de esas que se mantienen unidas pese a las adversidades. El señor Gibson, además, anhelaba tener hijos varones, valientes y útiles, que pudiesen hacerse cargo de su parte del negocio en cuanto cumpliesen la mayoría de edad y que le acompañasen a pescar los fines de semana. Nunca imaginó que su felicidad se vería truncada tan pronto y que, como único recuerdo de lo que habían sido tiempos mejores, le quedaría una hija débil e ignorante.

Harriet caminó de puntillas por el salón. El ambiente olía a rancio, a alcohol. Su padre estaba sentado en el sofá y tenía la mirada clavada en el televisor. Sostenía un vaso en la mano derecha y el líquido ambarino se sacudió cuando él se giró al percatarse de su presencia.

—Ya estoy aquí —anunció Harriet.

—Ya lo veo —bufó.

Ella dejó su muñeca sobre la mesa y se limpió las manos sudorosas en los pantalones rosas que vestía, que ya estaban algo viejos.

—¿Cuándo volverá mamá?

—El día que dejes de ser tan estúpida. —Emitió una risa amarga y cargada de rencor—. Tu madre no va a volver nunca. Se ha ido para siempre. Así que será mejor que empieces a valerte por ti misma y a ser útil. ¿No se supone que deberías saber cocinar y encargarte de la ropa siendo una mujer?

—Y ya lo hago. Me ocupo de mi ropa. —Harriet pestañeó más de lo normal al intentar ocultar las lágrimas que pugnaban por salir.

—Pues aprende a cocinar, entonces.

El señor Gibson le dio un trago a la bebida y la saboreó con lentitud. Luego volvió a mirar a la niña, que seguía inmóvil a un lado del televisor.

—Deja que te dé un buen consejo, Harriet. Para ser alguien en esta vida, vas a tener que conseguir que un hombre permanezca a tu lado. Y, para que eso suceda, tendrás que aportar algo a cambio. Ese algo tiene mucho que ver con el tiempo que pases en la cocina. Una mujer de verdad no abandona sus tareas y se larga sin previo aviso con un rufián, como hizo tu madre. Una mujer de verdad sabe cuidar del hombre, sabe hacerse cargo de sus responsabilidades. —Chasqueó la lengua—. Eres demasiado tonta para lograr un futuro de provecho, y ser guapa no te ayudará eternamente. Hazme caso. Solo deseo lo mejor para ti. Lo mejor... teniendo en cuenta las circunstancias. Y ahora sube a tu habitación, acuéstate y piensa en lo que te he dicho.

Harriet seguía confundida mientras subía las escaleras que conducían a su dormitorio. No había entendido exactamente qué era lo que su padre quería decir. Lo único que sabía con total seguridad era que su madre no volvería. Ya casi no podía recordarla; había olvidado el timbre de su voz y el tono exacto de los reflejos cobrizos de su cabello que brillaban cuando el sol los acariciaba con su luz. Solo era capaz de rememorar una y otra vez que era una mujer llena de colores y de pulseritas y de cosas que se movían y producían un sonido tintineante que le hacía cosquillas en los oídos.

# Año 2007

Cuando Harriet cumplió catorce años, no solo sabía planchar y limpiar cualquier superficie de la casa (desde la tela del sofá que su padre solía manchar cada vez que se le caía un poco de cerveza, hasta los cristales, la madera y el ladrillo), también sabía cocinar mejor que algunas amas de casa de Newhapton. Guisos, legumbres, pescados, carnes, verduras y pastas; había aprendido a manejar y sacar lo mejor de cualquier alimento que cayese en sus manos.

Pero si había algo que le apasionaba era la repostería. En vistas de que a su hija Angie no le interesaba demasiado, la señora Flaning le había ido enseñando las reglas básicas para lograr una buena masa o un bizcocho jugoso y esponjoso. A día de hoy, hacer pasteles se había convertido en una especie de obsesión. Soñaba con mezclas imposibles, con sabores que fusionar, con diseños que crear. Soñaba que la gente disfrutaba comiendo sus dulces y que volvían para repetir y felicitarle por la inusual cremosidad o por el relleno inesperado de frutos rojos que aportaban un toque ácido entre tanto chocolate.

Soñaba... Harriet soñaba tantas cosas...

# Año 2009

Vestía unos pantalones vaqueros de campana y una camiseta blanca de tirantes que se ceñía a esas curvas que habían aparecido en su menudo cuerpo de la noche a la mañana. Harriet había crecido, convirtiéndose en una chica atractiva que no pasaba desapercibida. Pero eso solo alimentaba más sus miedos. ¿Y si nadie podía ver nunca quién era ella realmente? ¿Y si nadie se molestaba jamás en arañar detrás de las primeras capas para conocerla de verdad?

Aquella noche, sin embargo, había dejado sus preocupaciones en casa. Todos los habitantes del pequeño pueblo de Newhapton se habían reunido en la plaza y sujetaban en sus manos farolillos de papel encendidos que le otorgaban un halo de magia al lugar. Era el día en el que se inauguraban las fiestas anuales que celebraban cada verano, y el ritual indicaba que se debían liberar los farolillos y pedir un deseo.

Harriet notó la mano de Angie apretando la suya.

—¿Qué vas a pedir? Yo no me decido entre aprobar las asignaturas que me quedan del año pasado o que mi madre deje de perseguirme todo el tiempo. —Angie se puso de puntillas y estudió a los vecinos allí congregados—. Mírala, ahí está, observándonos casi sin pestañear. Es como un pequeño sabueso sin vida propia. ¿Puedes esperar un momento? Voy a exigirle que deje de espiarme.

—Claro.

En cuanto su amiga se alejó un par de metros, alzó la mano y saludó a la señora Flaning con cariño. A pesar de que siempre estaban discutiendo por cualquier tontería, sabía que ambas se querían y, a su manera, estaban muy unidas. La madre de Angie era, eso sí, controladora y se inquietaba demasiado por las decisiones que su hija tomaba. Aunque pudiese suponer un incordio en ocasiones (su toque de queda por las noches era mucho menos permisivo que el de ella), a Harriet le hubiese encantado tener una madre que se preocupase por su futuro y que le impusiese normas y le enseñase a hacer las cosas de la manera correcta.

—¡Ay! —protestó al notar un golpe en la espalda, y al girarse se encontró con una cabellera rubia y unos ojos de un color similar al chocolate fundido que usaba para bañar su pastel preferido, el del relleno de naranja con base de galletas.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Eliott Dune le regaló la sonrisa más bonita del mundo y señaló al chico que reía tras él—. El idiota de mi amigo todavía piensa que es divertido ir empujando a la gente por ahí. ¿Te he hecho daño?

—No, no es nada.

—Me llamo Eliott Dune y supongo que tú eres Harriet Gibson. —Le tendió una mano que ella estrechó con nerviosismo—. Creo que no nos habíamos presentado antes.

—Sé quién eres. Te conozco de vista. Del instituto.

Tenía la boca seca cuando él volvió a sonreírle de aquel modo tan arrogador; era como si la curvatura de esos labios tuviese el poder de cambiar el transcurso del mundo. Harriet, al igual que todas las chicas de Newhaptton, sabía perfectamente quién era Eliott. El chico de oro. El chico que tenía una familia perfecta y sacaba buenas notas y jugaba mejor que nadie en el equipo de baloncesto del instituto. Iba un curso más adelantado que ella, que acababa de cumplir dieciséis años, y despertaba admiración y envidia a partes iguales.

—Tienes... Tienes una hoja en el pelo. Espera. Deja que te la quite.

Era una señal. Tenía una hoja en el pelo, ¡una hoja! No una mariquita o un chicle de frambuesa, no. Y vale que era una hoja diminuta, del jazmín de la casa de Angie, en la que había estado antes de ir a la plaza, pero el tamaño no era lo importante. Le encantaban las hojas y Eliott Dune había visto precisamente eso en ella. No se había fijado en su escote o en su trasero, sino en la hoja enredada entre su cabello.

—¿Puedes dárme-la?

—¿Quieres que te devuelva la hoja? —La miró divertido.

Su primer impulso había sido pedírsela y guardarla para siempre en un tarro de cristal. Porque era especial. Un recuerdo. Pero enseguida Harriet advirtió lo estúpido que sonaba aquello. Estaba segura de que Eliott Dune miraría a sus amigos por encima del hombro de un momento a otro y emitiría una risa burlona ante la ridiculez de sus palabras.

No lo hizo.

Tan solo le cogió la mano con la que no sujetaba el farolillo y, tras acariciar la palma con la punta de los dedos, depositó con cuidado la hoja de jazmín.

—Gracias —susurró Harriet.

—No hay de qué, pero me debes un favor. No tengo un farolillo y sí muchos deseos por cumplir. Así que no me negaría a compartir uno con la chica más guapa que he visto en mi vida. —Se inclinó hasta rozar el lóbulo de su oreja con los labios—. Pero no le digas a nadie que te lo he dicho. Ni que llevo meses pensándolo.

Harriet tragó saliva sopesando el significado de sus palabras, y el silencio los envolvió mientras intentaba dar con una respuesta ingeniosa que demostrase que era una chica aguda y lista. Pero, antes de que pudiese encontrar las palabras adecuadas, Angie apareció a su lado dando un pequeño saltito y Elliott se apartó al tiempo que extendía la mano y se presentaba.

—Queda un minuto para que soltemos los farolillos. —Angie miró el reloj de la iglesia blanquecina que presidía la plaza.

La multitud comenzó a impacientarse, revisando que todo estuviese a punto. Y cuando las campanas comenzaron a sonar a las doce de la noche, en medio del caos del momento, nadie fue testigo de cómo los dedos de Elliott se cerraron en torno a los de Harriet y, juntos, lanzaron a la vez el farolillo de papel.

Docenas de luces naranjas y amarillentas surcaron el cielo oscuro y se elevaron en el aire, llevándose consigo los deseos silenciosos de los habitantes de Newhapton.

Cuando el espectáculo visual terminó y la noche se cernió sobre ellos, Elliott rechazó ir con sus amigos a un claro del bosque, conocido porque los jóvenes solían reunirse allí para beber y divertirse lejos de las miradas de los adultos. En cambio, le pidió si podía acompañarla a su casa.

—Me encantaría, pero Angie y yo siempre volvemos juntas.

—Si no tengo que ir con mi madre, como es el caso. —Se apresuró a matizar la morena. Le guiñó un ojo a su amiga—. Había olvidado decírtelo. Mamá quiere ir a casa de tía Madison y recoger el molde que le dejó ayer. Pretende hacer pasteles para medio pueblo durante las fiestas. Ya sabes lo obsesiva que es. —Depositó un beso suave en su mejilla y se alejó unos pasos de la pareja—. Pasadlo bien. Y ven mañana a casa si quieres ayudar a mamá en la cocina.

En cualquier otro momento le hubiese emocionado la idea de tener una excusa para hornear dulces junto a la señora Flaning, pero ahora estaba totalmente absorta en Elliott Dune y su forma silenciosa de caminar.

Mientras paseaban por esas calles que tan bien conocía, no dejaba de pensar en el hecho de que él parecía dominar todos y cada uno de sus gestos, desde la forma en la que su mano se balanceaba a un lado y le rozaba casualmente hasta ese modo seductor de mirarla de reojo.

—Y dime, Harriet —saboreó el nombre de la joven—. ¿Cómo es posible que nunca antes hayamos hablado?

Newhaptón era un pueblo lo suficiente pequeño como para que resultase extraño que no se conociesen de oídas casi todos los ciudadanos, pero también lo suficiente grande como para que uno pudiese estar toda una vida sin cruzar palabra con algunos de los vecinos.

—No lo sé. Cosas del destino, supongo.

—¿Crees en el destino?

—A veces. ¿Y tú?

—No. Prefiero pensar que puedo controlar mi vida. Que lo que me suceda de ahora en adelante depende solo de mí mismo.

—Pero eso... es imposible.

—¿Por qué?

—Imagina que viene un coche por detrás y nos arrolla, ¿dependería de ti?

—No exactamente. —Chasqueó la lengua—. Puede que algunas cosas tengan mucho que ver con que la suerte esté de tu parte. Eso no quita que, en el fondo, siga deseando controlar el futuro.

Harriet emitió una risita chispeante y alegre que rompió el silencio de la noche.

—Eso es muy...

—Vamos, dilo. No te cortes

Él se metió las manos en los bolsillos con aire divertido.

—Intentar controlarlo todo suena aburrido. Previsible. Sin gracia.

—¿De verdad acabas de llamarme «aburrido»?

—No directamente, pero...

Eliott sonrió. Dejaron de caminar cuando llegaron a la casa de la joven, una de las pocas construcciones de ladrillo ocre del pueblo, con dos plantas y una buhardilla. Ella se sujetó con una mano a la barandilla blanca que rodeaba la propiedad, ahora poco cuidada tras la caída del precio de las acciones de la tabacalera, y lo miró dubitativa mientras sopesaba la mejor forma de despedirse.

—Gracias por acompañarme. Ha sido divertido —dijo—. Y siento lo de «aburrido».

—No lo sientas. Hacía siglos que nadie era realmente sincero conmigo —bromeó, aunque ella dedujo que sus palabras guardaban algo de verdad—. ¿Puedo verte en otra ocasión? Tú y yo, a solas. Como en una especie de cita. —Bajó la vista a la acera unos instantes—. Yo... llevaba un tiempo queriendo hablar contigo. Confieso que no ha sido casualidad que mi amigo me empujase sobre ti. Eres preciosa, Harriet.

Ella notó los pies encogerse en el interior de sus zapatillas debido a la emoción, notó el corazón latiéndole más rápido de lo normal y notó un burbujeo extraño en su estómago.

—¿Me estás pidiendo salir?

—Sí.

—¿Y a dónde iremos? ¿Qué haremos?

—Deduzco que eso es un sí.

Harriet asintió lentamente con la cabeza y Eliott sonrió y acertó la distancia que les separaba. Acogió su rostro entre las manos y le dio un beso cálido en la mejilla derecha, como si ella fuese valiosa, única. Y pensó entonces que quizás el deseo que había pedido al lanzar su farolillo, «que alguien me quiera de verdad», podía llegar a ser realidad algún día. Aquel beso era un buen comienzo.

# Año 2010

Estaban tumbados en un prado húmedo y repleto de diminutas margaritas. Era la flor preferida de Harriet. Había descubierto aquel lugar años atrás y acudía allí con frecuencia para sentarse a pensar, para dejar que el sol se filtrase entre las copas de los árboles y le acariciase la piel. A diferencia del interior del bosque, que la acompañaba en sus enfados, aquel sitio era mucho más luminoso, más puro.

Sonrió cuando Eliott colocó una última margarita entre sus cabellos dorados. Luego la besó. Despacio. Con cuidado. Con dulzura. Sus besos siempre eran así, tiernos.

—¿Crees que tus padres me querrían si nos casásemos algún día?

Se amonestó a sí misma en cuanto terminó de formular la pregunta. Aunque llevaban casi un año saliendo juntos, Eliott evitaba hablar de lo poco que los Dune apreciaban sus elecciones. Para ellos, Harriet tan solo era una niña tonta y mona, hija de un padre alcohólico y misógino y una mujer infiel que les había abandonado a ambos y desatado las habladurías del pueblo.

—Lo importante es que te quiera yo, ¿no crees?

—¿Y me quieres?

—Te quiero, Harriet.

—¿Y si tus padres te convencen de que puedes conseguir a alguien mejor...?

—Tú eres lo mejor para mí. Ya lo sabes.

# Año 2011

Se abrazó a sí misma, deslizando las manos por el estómago. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, y, cada vez que pensaba que había agotado todas las lágrimas, una más caía por su mejilla.

—Tienes que entenderlo, Harriet.

—No quiero abortar. No puedo abortar.

Eliott se llevó las manos a la cabeza y suspiró hondo.

—¿Crees que me he esforzado tanto para terminar así? —La miró furioso—. No pienso quedarme anclado en este puto pueblo contigo y con un bebé. Tengo planes. Tengo una vida que construir.

—¡No sería necesario! —Bajó de la cama, abandonando el calor de la colcha rosada, y caminó hasta estar a su altura. Cuando le había llamado esa misma tarde para contarle la noticia, pidiéndole que fuese a su casa, no imaginó que reaccionaría de un modo tan tajante, tan insensible—. Yo me ocuparé de todo mientras tú estés fuera. Cuidaré del bebé. Y te esperaré hasta que termines tus estudios y vuelvas. Eliott, por favor... No pretendo interferir en tus planes.

—¿De verdad...? Dios, joder. —Se frotó la barbilla con el dorso de la mano—. Pensaba que eras un poco más lista, Harriet. ¿Esperabas que siguiésemos juntos cuando me fuese a la universidad? Son cinco años. Cinco dichosos años. En mi caso mucho más si consigo entrar en medicina.

—¿Qué soy para ti, entonces? ¿Algo temporal? —Ni siquiera reconocía esa voz extrañamente aguda que escapaba de sus labios.

Eliott pareció calmarse durante unos segundos. Inspiró hondo, bajó la vista al suelo y luego la alzó despacio hasta ella. Había confusión en su mirada; rabia, pero también algo de tristeza. Harriet odió profundamente su compasión, porque no era un sentimiento solidario, no, en realidad sus ojos tan solo reflejaban lástima, como cuando vas conduciendo y sientes pena al ver en el arcén a un animal herido, pero no paras el coche y sigues conduciendo sin mirar atrás.

—Eso es exactamente lo que intento decirte —susurró—. Te quiero, Harriet. Te quiero de verdad. Pero no encajas en mi vida, no encajas en lo que quiero conseguir. Pretendo ser alguien importante. Ojalá las cosas fuesen diferentes, pero era evidente desde el principio que lo nuestro no sería algo a largo plazo. Cualquiera persona de este pueblo con dos dedos de frente es consciente de ello.

Harriet sintió sus pulsaciones dispararse. Todavía más. Más y más rápido. Estaba fuera de sí. Su mundo desmoronándose a pedazos a su alrededor como si todos los besos y las caricias se hubiesen sostenido sobre unos cimientos de plastilina. Endebles, frágiles. Y ahora todo se caía y ella no sabía cómo pararlo. Era consciente de que ni siquiera había cumplido aún los dieciocho años y que quedarse embarazada había sido un error garrafal que ambos deberían haber evitado, pero no podía dejar de pensar en el bebé. No podía dejar de pensar en él y en el hecho de que lo llevaba dentro de ella. Era su obligación cuidarlo, protegerlo.

Se limpió las lágrimas con torpeza.

—¿Sabes? Está bien. No me importa. ¡No me importa no encajar en tu dichosa vida perfecta! Yo tengo mis propios sueños. ¡Puedes irte al infierno!

—¿Tus sueños? ¿Qué sueños? —Eliott bufó.

—Montar la pastelería.

Él rio sin ningún tipo de humor.

—Yo quiero ser médico. Tú quieres ser pastelera. Yo pretendo salvar vidas. Tú pretendes que la masa no te quede muy seca. ¿Notas la diferencia? —ironizó—. Ah, bueno, sí, y ahora quieres tener un bebé. Solo eres una cría ilusa.

Harriet iba a enfrentarse a sus hirientes palabras cuando oyó la cerradura girar en el piso inferior. Su padre llegaba a casa antes de lo previsto. Notó un nudo en la garganta y de inmediato le dirigió una mirada suplicante a Eliott. No le hizo falta más de un segundo para adivinar sus intenciones.

—¡No, no, no! ¡Por favor!

Corrió descalza tras Eliott. Sentía el frío de las tablillas de madera del suelo mientras bajaba las escaleras a trompicones como si fuese lo único real y firme en la estancia. Ella ya había pensado en cómo mantener al bebé por sí misma. Ya había calculado que en menos de dos meses cumpliría los dieciocho, podría independizarse y buscar un trabajo y alquilar la habitación que los Flaning tenían en el sótano para los invitados. Pero si su padre se enteraba... si la noticia llegaba a sus oídos...

Consiguió alcanzar la mano de Eliott y tiró de la manga de su jersey cuando ambos, todavía respirando agitados, pararon frente al hombre corpulento y serio que los miraba con el ceño fruncido.

—Señor Gibson... —comenzó a decir Eliott.

—No. Por favor, no lo hagas —Harriet sollozó y sus dedos se enroscaron en la manga de lana del joven que todavía sostenía—. No te molestaré. Lo juro. Nunca te pediré nada, Eliott. Por favor...

—¿Qué está pasando aquí? —bramó su padre.

—Lamento lo que tengo que decirle, señor Gibson, pero me temo que su hija está embarazada. No ha sido algo que... no ha sido premeditado, evidentemente, y...

Eliott Dune calló de inmediato cuando el hombre avanzó hasta Harriet dando grandes zancadas y le cruzó la cara dos veces con el dorso de la mano. El sonido de las bofetadas rompió el silencio de la estancia y una marca rojiza apareció en la mejilla de la chica. Pero a ella no le importaba ese dolor, pensó sin apartar la mirada de la persona a la que había amado durante el último año y medio. No. A ella le importaba otro tipo de dolor más profundo, más irreparable.

La clínica se encontraba en Seattle, a más de una hora de camino desde Newhaptón por la carretera I-5 N. Harriet notaba su estómago encogerse una y otra vez, como si fuese una especie de señal, como si el bebé le estuviese suplicando que no lo hiciese, que no cruzase la puerta que conducía a la consulta del médico.

—Cariño, todo va a salir bien. —Angie le sonrió con dulzura y le apartó los mechones de cabello sudoroso que se pegaban a su frente—. Yo estoy contigo, ¿de acuerdo? Dame la mano.

Lo hizo. Le dio la mano y Angie se la estrechó con fuerza. Había convencido a su padre para que la señora Barbara Flaning y su hija la llevasen a la clínica. Ya no le quedaban lágrimas. Eran las once de la mañana del peor día de su vida. El lugar olía a desinfectante y a algo cítrico, como si hubiesen limpiado con un producto con aroma a limón.

—No quiero entrar —gimió.

Agradeció que la señora Flaning hubiese aceptado esperar en el coche, porque la admiraba lo suficiente como para no desear que la viese en aquel estado tan deplorable. Ella era, en cierto modo, lo más parecido a una ma-

dre que había tenido. Ya había sido muy humillante tener que explicarle lo ocurrido, pedirle el favor de llevarla hasta allí para evitar que lo hiciese su padre y no poder dejar de sollozar durante todo el trayecto.

—Ya lo sé. —Angie la abrazó y le dio un beso en la frente al apartarse—. Tienes que ser fuerte, Harriet. Las dos sabemos que es algo que no vas a olvidar, pero aprenderás a vivir con ello, ¿me oyes?

Se le había pasado por la cabeza la idea de huir. Pero no tenía adónde ir ni conocía a nadie que pudiese ayudarla. Sabía que era una locura, un pensamiento iluso propio de una niña. Cada minuto que pasaba se derrumbaba un poco más.

—Confíaba en él. En Elliott. Se suponía que íbamos a estar juntos, que no era algo temporal. Soy idiota. —Sorbió por la nariz—. Y sé que ahora suena estúpido, pero pensé que me pediría que me casase con él y yo le esperaría e intentaría convertir en realidad la pastelería mientras él finalizaba sus estudios. Qué ingenua he sido. Qué tonta.

—Deja de insultarte a ti misma. Es normal que pienses así, Harriet. Tu padre lleva años convenciéndote de que tu único propósito en la vida es precisamente eso: conseguir un marido y cuidar de él. Y no es cierto. Tú vales mucho más. No necesitas que ningún hombre te ponga un anillo en el dedo —aseguró—. De hecho, espera. —Se quitó una de las múltiples sortijas de plata que llevaba—. Dame la mano. Yo, Angie Flaning, te doy este anillo, Harriet Gibson, como símbolo de nuestra amistad. Porque te quiero. Y porque estoy orgullosa de ti. Prometo que, de ahora en adelante, cada vez que considere que das un paso hacia delante, te regalaré un anillo. Hoy eres la chica más valiente que conozco.

Harriet sonrió entre lágrimas y se limpió la mejilla derecha con la manga de la camiseta roja que vestía. Después alzó su mano y observó el discreto anillo durante unos segundos.

—Gracias, Angie. Gracias por estar conmigo. Por todo.

Se escuchó una ligera interferencia antes de que una almibarada voz femenina hablase por el interfono.

—Harriet Gibson, pase a la consulta ocho, por favor.

# Año 2014

El funeral fue íntimo y rápido. Tan solo acudieron un par de amigos del señor Gibson que solían ir con él a pescar el último domingo de cada mes y la señora Flaning, su hija Angie y el novio de esta, Jamie Trent. Y, aunque Harriet era consciente de que ninguno de los tres le tenía ni un ápice de cariño a su padre, agradeció que estuviesen allí para acompañarla en el difícil momento.

Difícil... Bueno, eso era algo relativo.

Harriet se esmeró por organizar un funeral perfecto. Le pidió al párroco de la iglesia que oficiase la misa a las seis de la tarde, la hora preferida del señor Gibson para sentarse en el sofá y beberse una cerveza. O dos. O tres. Las que fuesen. Encargó rosas blancas y amarillas y ella misma se ocupó de quitarles todas y cada una de las espinas (todavía no sabía por qué se había obsesionado por hacerlo), y compró un ataúd de madera oscura, acolchado por dentro, con apliques plateados en el borde y los cierres. Lo único que Harriet no hizo fue derramar una sola lágrima. Le pareció justo. Ya había llorado suficiente en vida por culpa de ese hombre que ahora descansaba bajo tierra, no iba a seguir haciéndolo también después de su muerte.

La mañana siguiente al funeral, Harriet se reunió con el abogado de su padre en el diminuto despacho que este poseía en el ala este del Ayuntamiento de Newhapton. Las cortinas color burdeos impedían que la luz penetrase en la estancia. Harriet se sentó después de tenderle la mano y aceptar sus condolencias. El abogado, que se llamaba William Anderson, apartó algunos papeles de la abarrotada mesa antes de abrir el testamento de su padre.

—Señorita Gibson, usted es la única heredera. —Harriet asintió con la cabeza—. Sin embargo, no sé si estará al corriente de que al hacer el testamento su padre puso unas condiciones un tanto... especiales.

Ella frunció el ceño.

—No, nunca me dijo nada. ¿De qué condiciones estamos hablando?

El abogado cogió las gafas que descansaban sobre el escritorio y se las puso antes de trazar con el dedo índice las líneas del documento que empezó a leer en voz alta:

—«Yo, Fred Gibson, en plena posesión de todas mis facultades, declaro que, solo y exclusivamente en el caso de que mi hija contraiga matrimonio, podrá disponer de la herencia estipulada». —Carraspeó para aclararse la garganta y alzó la cabeza para mirar de nuevo a la sorprendida joven—. Además, acordamos una cláusula especial para evitar cualquier tipo de fraude que se resume en que, suponiendo que mañana contrajeses matrimonio y recibieses el dinero, no podrías solicitar el divorcio hasta dos años después. En caso de que lo hicieses, deberías devolver la herencia que, por deseos expresos de tu padre, iría a parar íntegramente a los fondos públicos del Ayuntamiento de Newhapton.

Harriet enmudeció e intentó asimilar la noticia. Debería haber esperado cualquier cosa de su padre. Incluso después de fallecer seguía ejerciendo control sobre ella. Era como si estuviese destinada a no poder escapar de sus garras. Típico de él, claro, dar por hecho que necesitaba un hombre a su lado para disponer correctamente de la herencia.

No. Tenía que ser una broma.

—¿Son legales esas condiciones? Acabo de cumplir veintiún años. Puedo administrar perfectamente mi dinero. ¿Qué sentido tiene que deba contraer matrimonio? ¡Es ridículo! ¡Estamos en el siglo XXI!

Se puso en pie. Estaba furiosa.

Había cuidado de su padre en su lecho de muerte, durante dos meses. Había soportado desde niña sus comentarios machistas e hirientes. Había preparado un funeral digno de una persona respetable y querida, nada más lejos de la realidad. Y había acatado todas y cada una de sus normas; como encargarse de las tareas del hogar casi desde que tenía uso de razón porque, según decía, era su deber, o no apuntarse al taller de repostería creativa que impartían en Centralia porque él consideraba una idiotez desplazarse tanto para algo así, a pesar de que la ciudad tan solo quedaba a media hora de camino en coche, ¡demonios!, ¡ni que tuviese que salir del Condado de Lewis!

—Puede estar segura de que el testamento es legal —contestó William Anderson, el abogado—. Lamento los inconvenientes que pueda causarle, pero nuestra responsabilidad es respetar los deseos de nuestros clientes.

—Pero es injusto! Y una estupidez —gritó—. ¿Qué pasa si no quiero casarme nunca? Tengo derecho a tomar esa decisión.

—Por supuesto, pero entonces, como le he explicado, el dinero pasaría a ser propiedad del Ayuntamiento y...

—Ya, ya lo sé —le cortó, y se llevó los dedos al puente de la nariz antes de suspirar sonoramente y teñir su voz de ironía—. Y dígame, en el hipotético caso de que me tropezase con el hombre de mi vida, ¿basta con que presente un certificado matrimonial?

—Exacto.

—¿Y qué ocurrirá con la casa? ¿Es ahora propiedad del banco?

—La vivienda le pertenece, señorita Gibson. Sin embargo, a menos que contraiga matrimonio, no podrá venderla y, por tanto, disponer del beneficio correspondiente.

—¿Eso es todo?

—En principio, creo que sí.

Todavía en pie, ella se colocó el asa del bolso en el hombro, dispuesta a marcharse cuanto antes. Necesitaba salir y respirar aire fresco.

—Una cosa más, ¿puede decirme qué cantidad de dinero me dejó?

—Por supuesto. Perdona, pensé que lo sabría.

—Como ve, la comunicación con mi padre no era demasiado fluida.

—Sí, ya veo, hum... —Fue hasta la última página—. El señor Gibson le deja a usted 16.700 dólares, más la casa y acciones de la tabacalera valoradas, a día de hoy, en 3.506 dólares.

Era casi lo que necesitaba para hacer realidad su sueño. Llevaba trabajando desde los dieciocho en un *pub* del pueblo, propiedad de Jamie Trent, el chico con el que salía su mejor amiga. Gracias a esa estabilidad laboral, había conseguido unos cuantos ahorros que guardaba con recelo, a la espera de que llegase la oportunidad que tanto anhelaba (aunque había gastado un buen pellizco en el funeral de su padre), y lo tenía todo planeado. Abriría una pastelería en Newhaption y sería diferente a las otras dos que ya había en el pueblo. La suya sería luminosa y alegre, y quería que ya desde el escaparate los transeúntes pudiesen advertir que dentro encontrarían los mejores dulces del Estado. Ella hornearía con mimo, y cada pastel sería único. Y habría tartas, *cupcakes*, galletas, ¡toda la repostería imaginable! A veces, por las noches, cuando no podía dormir y daba vueltas en la cama, recreaba mentalmente la decoración, la tonalidad exacta del papel de las paredes...

Y ahora que parecía tan cerca...

Vistas las condiciones exigidas por su padre en el testamento, los dulces tendrían que esperar, aceptó Harriet mientras caminaba por las calles del pueblo tras salir del despacho y se dirigía hacia Lost, el local donde trabajaba y donde sus amigos estarían esperándola para oír las (ya no) buenas noticias.

# Año 2015

## (Parte 1)

El local estaba ya vacío, después de una noche de duro trabajo, y Harriet había terminado de secar los vasos y las copas limpias. Era uno de los pocos establecimientos del pueblo que abría hasta tarde y los jóvenes solían acudir a divertirse. Ofrecían un ambiente alegre, un montón de cervezas diferentes (desde con sabor a regaliz hasta con un toque de canela), y, además, todo el mundo sabía que Jamie Trent elegía la mejor música para animar a la clientela. Aunque aquel día había hecho una pequeña excepción al hacer sonar la melodía de *Cumpleaños feliz* en honor a Harriet. Y después Angie y Susan, que solo acudía de vez en cuando como refuerzo, habían abandonado sus puestos tras la barra para sacar un pastel con veintidós velitas blancas que ella, avergonzada por las miradas de la gente, terminó soplando a toda prisa. No pidió ningún deseo; tampoco importaba demasiado, teniendo en cuenta que nunca se cumplían. Aún recordaba esa desesperación con la que pidió «que alguien me quiera de verdad» cuando era solo una cría ilusa.

—Te alejas de los veinte —sentenció Angie.

—Acabo de cumplir veintidós.

—Pues eso, que empiezas a alejarte.

—Lo que tú digas, pero solo soy cuatro meses más mayor que tú. —Sonrió y colocó la última copa en la estantería. No pudo evitar fijarse en cómo Jamie rozaba la cintura a su amiga al pasar por su lado y luego le daba un beso suave en la comisura de la boca. Siempre estaban tocándose. Llevaban saliendo juntos alrededor de cuatro años y seguían manoseándose a todas horas—. Será mejor que me vaya ya a casa y os deje que terminéis la fiesta a solas —dijo mientras se acercaba al perchero que había tras la puerta de la despensa y cogía su abrigo—. No os importa cerrar vosotros, ¿verdad?

—En realidad sí. Quieta ahí, señorita.

Harriet alzó las cejas al mirar a Jamie. Por mucho que fuese su jefe, antes era amigo y no acostumbraba a hablarle nunca en un tono autoritario. Tampoco es que ella fuese demasiado dada a saltarse las normas o escaquearse del trabajo, al contrario.

—¿Ocurre algo?

—Todavía no te hemos dado tu regalo de cumpleaños.

—¡No teníais que comprar nada!

—Será mejor que te sientes —le advirtió Angie.

—¿Tiene garras, colmillos y Jasmine tenía uno igual? Porque ya sabes que siempre he querido un tigre. —Se removió incómoda en el taburete cuando vio que ninguno de los dos reía—. Ahora en serio, ¿de qué se trata? Me estáis asustando.

Angie sacó un sobre blanco de su bolso y lo sujetó con ambas manos frente a sus narices.

—Sabemos que tu primera respuesta será un rotundo «no». Pero, como te conozco mejor de lo que a veces me conozco a mí misma, también sé que terminarás diciendo que sí. Al final. Cuando masques un poquito la idea y te vayas al bosque y metas unas cuantas hojas en tus tarros de cristal y...

—Vale, lo pillo, es arriesgado. Dámelo. Me mata la intriga.

Rasgó con cuidado el papel del sobre y sacó los dos billetes de avión que había en el interior. ¿Destino? Las Vegas. ¿Fecha? Próximamente. En un principio a Harriet le pareció raro, pero luego sonrió.

—¿Y por qué iba a decir que no? —preguntó entusiasmada—. ¡Un viaje a Las Vegas! Chicos, es genial. Es... demasiado, en realidad. No puedo aceptarlo.

—Puedes y lo harás, porque no es solo un viaje, sino también un plan.

—Un plan maléfico. —Jamie sonrió entrecerrando los ojos (siempre sonreía con los ojos) y su novia le dio un manotazo en el brazo antes de hablar.

—Y el plan es el siguiente: tú y yo un fin de semana a solas en Las Vegas para pasárnoslo en grande, olvidarnos de las cotorras aburridas de este pueblo y... ¡encontrar un marido! ¡Bieeeeeen! —Alzó los brazos en alto a modo de celebración.

Los miró con incredulidad.

—¿Os habéis vuelto locos?

—Sí, los dos estamos locos por que puedas cumplir tus sueños y abrir la pastelería. Sabemos que será un éxito. Solo necesitas un dichoso y estúpido certificado matrimonial para que tu vida dé un giro de ciento ochenta grados.

—¿Pero quién demonios va a querer casarse conmigo? ¿Y por qué en Las Vegas?

—Porque está a miles de kilómetros y nadie podrá demostrar si es una farsa o no, y porque todo el mundo hace locuras en Las Vegas. ¿Sabes cuántas personas se casan en esa ciudad cada minuto? Cinco. Cinco jodidas bodas. —Jamie golpeó con la palma de la mano la madera de la barra.

—Te lo estás inventando.

—Vale, puede que sí. Pero tengo razón en todo lo demás. Solo tenéis que encontrar a alguien que pase del matrimonio y toda esa mierda o algún turista al que no le importe cometer una locura. Y dos años después te divorcias.

—Eso es ruin.

—Un poco. Pero tampoco harás un daño terrible a nadie. Como gesto caritativo, guarda algo de los ahorros para hacerte cargo de los gastos del futuro divorcio y punto.

—¡Ni hablar! De ninguna manera. En serio. Ni siquiera voy a pararme a pensarlo. La respuesta es no. No, no y no. Tajantemente no.

Dos meses y medio más tarde, llegaron a Las Vegas. Y dio igual que ambas hubiesen visto mil veces en la televisión cómo era la ciudad, porque les pareció tan impresionante como si fuese la primera vez que oían hablar de ella.

Era la primera vez que Harriet salía del Estado de Washington, y se dijo que, a pesar de los nervios que le encogían el estómago cada vez que pensaba en el tema del matrimonio, había valido la pena intentarlo solo por tener la oportunidad de ver un mundo completamente nuevo. Años atrás, cuando todavía se permitía soñar despierta, había fantaseado con viajar a París, Roma, Barcelona, Nueva York y mil lugares más. Descubrir rincones nuevos. Probar sabores exóticos. Conocer costumbres diferentes. Tardó un tiempo en comprender que no estaba destinada a ser una de esas mujeres aventureras que se cuelgan una mochila a la espalda sin pensárselo dos veces.

—¡No me puedo creer que estemos aquí! —exclamó Angie, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

—Y eso que la idea ha sido tuya.

—¡La mejor idea del mundo!

—Entonces mejor no pensemos cuál sería la peor. —Atravesaron las puertas del hotel entre risas, se acercaron al mostrador y pidieron las llaves de la habitación que compartirían durante los próximos dos días—. Puede que esa lámpara de araña valga más que la mitad de Newhapton. Es inmensa —comentó Harriet con la vista clavada en el techo del *hall*, sintiéndose muy poca cosa frente a la majestuosidad de aquel lugar; los muebles de estilo clásico prometían costar una fortuna, la moqueta estaba inmaculada y hasta los bolígrafos que había en recepción eran de una conocida marca.

Angie la agarró del brazo cuando consiguieron las llaves.

—Vale, antes de cometer ninguna tontería, tenemos que estructurar bien qué pasos vamos a seguir. Y no se me ocurre ningún lugar mejor para hacerlo que en la piscina del hotel, ¡fiesta!, ¡bien! Esto va a ser genial. —Aplaudió y varios huéspedes que subían con ellas en el ascensor las miraron por encima del hombro—. Ahora en serio, qué alegría no ver ese horrible cielo gris. Gris ceniza. Gris aburrimiento. ¿Has visto el azul de este cielo? ¿Has visto el sol? Por cierto, tenemos que comprar crema solar. Es importante que no parezcas una langosta para poder encontrarte un marido decente.

—En realidad, se supone que tenemos que encontrar a alguien poco decente.

—Esa es la teoría de Jamie. No tiene ningún fundamento.

Salieron del ascensor y caminaron por el pasillo del hotel arrastrando las maletas sobre la moqueta púrpura.

—Yo estoy de acuerdo con él. Es mi marido, es mi elección. —Harriet alzó un dedo en alto a modo de advertencia; quería dejar las cosas claras antes de que la situación se descontrolase todavía más (si es que eso era posible)—. Seguiremos el plan de Jamie. Buscaré a alguien alocado, irresponsable, que parezca poco de fiar. Alguien lo suficiente pasota e idiota a quien no le importe en absoluto estar casado con una desconocida. Que no dé valor a las cosas y pueda tomarse una situación que a otros preocuparía como un tema de risa con el que bromear con sus amigos.

—Ya vale, lo capto. Así que vamos en busca de un capullo integral.

—Eso es.

A juego con el resto de las instalaciones del hotel, la piscina era inmensa; de un azul cobalto, parecía imitar la forma sinuosa de una lombriz, y el césped cubría el suelo de cierta monotonía solo rota por las altas palmeras y las tumbonas blancas.

Harriet y Angie se habían dado un chapuzón nada más bajar de la habitación del hotel y ahora estaban tumbadas bajo el ardiente sol matinal. Ninguna de las dos estaba acostumbrada al sofocante calor, así que no tardaron en pedir un zumo tropical con hielo.

—Repasemos el plan una vez más —prosiguió Angie. No habían parado de hablar de lo mismo desde la llegada a la ciudad—. Buscamos a un tío capullo, a poder ser esta noche. Es mejor terminar el trabajo sucio cuanto antes —apuntó, como si estuviesen planeando atracar una sucursal bancaria—. Te insinúas. Nada demasiado exagerado. Bebemos unas copas, le damos la bienvenida al modo «desfase total», y, cuando la cosa esté bien empapada del ambiente caótico de Las Vegas, sale a relucir el tema de la boda improvisada como si fuese algo guay, algo loco y genial.

—Qué sencillo —masculló Harriet.

—No seas negativa. Solo necesitamos un golpe de suerte. Mucha gente se casa en Las Vegas sin desearlo realmente, ¿por qué no ibas a lograrlo tú?

—Cada minuto que pasa soy más consciente de que no deberíamos estar aquí. Ha sido un error. No sé cómo me he dejado convencer de que semejante locura podría salir bien. —Dejó el zumo sobre la mesita redonda que había entre ambas tumbonas—. En primer lugar, porque no se me da nada bien actuar. Angie, por favor, en el colegio, siempre hacía de arbusto o de estrella o... de cualquier cosa inmóvil y muda. ¿No te acuerdas? Y, en segundo lugar, tampoco sé ligar. En serio. No sé. Requiere práctica y experiencia, y sabes que yo dejé de interesarme por los tíos desde lo de Elliott y...

—Relájate.

—Este plan es un fracaso y no dejo de sentirme mal por haber aceptado. ¡Prometo que os devolveré el dinero de los billetes de avión!

—¡Deja de decir chorradas! Es tu regalo de cumpleaños. —Angie se levantó las gafas de sol y se incorporó para poder mirar a su amiga—. Está bien. Fuera presión. Por ahora, olvida la razón por la que estamos aquí y límitate a disfrutar del momento. Tengo el presentimiento de que todo saldrá rodado si conseguimos que mantengas la calma. Así que relájate. Tumbate —dijo mientras hacía eso mismo—. Cierra los ojos. Y siente el calor del sol sobre la piel... ¿No te parece una sensación maravillosa?

Harriet hizo lo que le pidió.

Casi todo. Excepto cerrar los ojos.

Algo que agradeció cuando su mirada tropezó con el tío que acababa de salir de la piscina y caminaba hacia ella. Harriet advirtió un ligero cambio de ritmo en sus pulsaciones. Tragó saliva, nerviosa. Fue como si la zaran-deasen sin previo aviso.

No era el chico más guapo que había visto en su vida. No, no lo era, pero sí tenía un atractivo diferente, masculino, travieso. Llevaba un bañador de color rojo que marcaba la línea de las caderas y dejaba entrever la forma en uve en la que terminaban los abdominales. Harriet pensó en cómo sería deslizar las manos por el torso mojado, repleto de diminutas gotitas de agua, dejar que los dedos trazasen un camino sobre la cálida piel morena y después... y después dejó de imaginar qué sentiría, al alzar la vista y encontrarse con sus impactantes ojos verdes. Unos ojos que estaban fijos en ella. Tenía una mirada salvaje, intensa.

Literalmente, dejó de respirar al descubrir que él iba directo hacia ella, recordándole a un tigre hambriento y sigiloso. Pero tan solo fue una falsa alarma. El chico la miró una última vez, le dedicó una sonrisa indescifrable y pasó de largo dando grandes zancadas sobre el crujiendo césped.

Harriet tardó alrededor de cinco minutos en lograr que dejaran de hormiguearle las palmas de las manos. ¿Qué demonios...? Ella no reaccionaba así. Ella era racional, serena, sensata. O había aprendido a serlo a la fuerza. Y le gustaba su filosofía de vida.

—¿Estás bien?

Dejó de soñar despierta al escuchar la voz de Angie.

—Sí. Mejor que nunca.

—Eso es un «no». —Angie suspiró y bebió el último trago de su zumo—. Lo mejor será que subamos a la habitación para dejarlo todo preparado. Así te quedarás más tranquila. Todavía tenemos que decidir a qué local acudir esta noche, pediré en recepción que nos recomienden unos cuantos.

Habían acordado no ir a un local de juego ni al casino del hotel porque, por lógica, cualquier tío que se encontrase ahí estaría demasiado ocupado perdiendo su dinero. Era mejor buscar algún sitio donde hubiese buena música y pudiesen tomar una copa.

—De acuerdo. Vamos.

Harriet se levantó de su tumbona y, mientras cogía la toalla y la doblaba, aprovechó para echarle un vistazo al chico del bañador rojo. Estaba

tumbado unos metros más allá, acompañado de otros dos amigos que tendrían su misma edad. Se había puesto unas gafas de sol y ella tuvo la estúpida certeza de que, de no ser así, podría haber disfrutado del verde de sus ojos incluso a pesar de la distancia. Reía de algo que acababa de decir el único rubio del grupo. Y tenía una forma de reír perfecta. El tipo de carcajada despreocupada que denotaba lo poco que le importaba lo que pensasen de él y que reafirmaba su nula intención de pasar desapercibido.

Es decir, que era exactamente igual que Harriet. Pero al revés.